

Eje 4: Representaciones, discursos y significaciones

Título: La distancia entre la práctica y la representación. En el diario no hablaban de ti.

Autora: Marina Medan

***La distancia entre la práctica y la representación
EN EL DIARIO NO HABLABAN DE TI***

Marina Medan

Introducción

Esta pequeña investigación, más cercana al ensayo, fue realizada como trabajo final para el seminario optativo de la Carrera de Comunicación, “Cultura y Política: prácticas, representaciones y experiencia en la cultura de los sectores populares”. Me parece importante mencionar su procedencia porque exponerlo en este espacio es una manera de saldar esa angustia que a veces tenemos los estudiantes cuando hacemos algún trabajo interesante para nuestras cursadas y sólo queda en el ámbito del aula.

La idea central de este trabajo fue hacer un ejercicio que evidenciara la hipótesis de que siempre hay “distancia” entre las prácticas y las representaciones mediáticas, de estas. Para ello analicé el juicio oral y público por la denominada “Masacre de Avellaneda”, que comenzó el 17 de mayo de 2005 en los Tribunales de Lomas de Zamora; el acampe que por ese motivo se instaló frente a los Tribunales y el acto que se realizó el 26 de junio sobre el Puente Pueyrredón. El material sobre la representación lo tomé del diario *Página/12* porque es el diario masivo más “cercano” políticamente al tema, y sin embargo creo que realizó, y sigue haciéndolo, una representación bastante distanciada de estas prácticas que pretende comunicar. Analicé desde las ediciones previas al juicio (3 de mayo) hasta el 27 de junio de 2005, día después del aniversario de la represión –para observar la cobertura periodística del acto. El fondo de experiencia (Schmucler, 1994¹) elegido no es el juicio en sí mismo, sino el acampe que organizaciones de trabajadores desocupados realizaron entre el 16 de mayo y el 23 de junio pasados, frente a los Tribunales. Tomé en cuenta además el acto que el 26 de junio se celebró sobre el puente Pueyrredón para conmemorar el tercer aniversario de los asesinatos. Finalmente, aunque no de manera central, consideré como autorepresentación el libro “Darío y Maxi. Dignidad piquetera”, que escribieron miembros del MTD Aníbal Verón y que se editó en junio de 2003.

¹ Schmucler, H.: “Estudios de comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción”, entrevista en *Causas y Azares*, Buenos Aires, Nro. 1, 1994.

Antes de exponer mis resultados me veo en la obligación de aclarar que, si uno los piensa unos minutos, son obvios, pero que sin embargo, parecen estar naturalizados. Y por esa obviedad naturalizada es que es necesario volver a pensar en ellos.

Es interesante analizar el acampe y el acto porque mientras se desarrolla el juicio, los movimientos en los que los piqueteros asesinados militaban, siguen trabajando.

El acampe quiso poner en escena que las demandas de estos sectores populares siguen vigentes, y que la represión policial no terminó con ellas el 26/06/02 sino que, al contrario, reavivó la lucha. Las actividades culturales y políticas en el acampe, el “aguante” de los piqueteros y compañeros de organizaciones en Lomas de Zamora fueron también la práctica, pero el diario sólo representó el juicio. Del acto en conmemoración al día de la represión sí hubo cobertura periodística pero entiendo que obedece al hecho de que el corte del puente Pueyrredón dificulta la normal circulación de la ciudadanía, y no a la importancia del aniversario en sí mismo. Además, para varios sectores, ese aniversario ya está instalado en la agenda de reivindicaciones populares.

La construcción que los medios hacen de la identidad de los piqueteros representa sólo una porción de lo que ellos constituyen en sus prácticas. Este será el eje de la **primera parte** del ensayo.

De la misma manera, el juicio se convierte en noticiable porque compromete a funcionarios públicos y porque significó el adelantamiento de las elecciones y no por el hecho de que se haya asesinado a dos militantes populares que hacían uso de su derecho a la protesta. La distancia entre esos significados, lo que se recuerda en cada caso, el uso de la memoria, será abordado en la **segunda parte**.

En un **tercer enfoque** consideraré dos casos de representaciones que constituyen prácticas.

En el **cuarto apartado** daré lugar a la reflexión sobre la incidencia de la lógica mediática en el accionar de los movimientos sociales.

I) Los hechos: el juicio (y el acampe).

A partir del relevamiento de la cobertura de *Página/12*, a diferencia de lo que me hubiera imaginado, noté que se dedicó casi absolutamente al juicio, sin hacer referencia al acampe, o a otras actividades que se estaban generando a raíz del proceso judicial. La cobertura del diario muestra un proceso penal, testigos, acusados, el debate sobre la

apertura de los archivos de la SIDE, las pruebas fotográficas y de video. Se hace eco, como era de esperarse, del descontento de parte de familiares, víctimas y militantes de que la acusación y el juicio sea sólo para los culpables materiales y no se juzguen las responsabilidades intelectuales de la represión.

Página/12 publicó notas siguiendo, semana a semana, las novedades del juicio el 3/05/05, el 05/05/05, el 15/05/05, el 17/05/05, el 28/05/05, 01/06/05, 10/06/05, 17/06/05, 20/06/05, 21/06/05. El acampe que se realizaba enfrente de los Tribunales sólo se mencionó en la nota del 17/5 (día del inicio del juicio) aclarando que duraría hasta el final del proceso, información que no era correcta (desde el comienzo los organizadores lo plantearon hasta el 23/6). En el suplemento de mujeres del diario, “Las 12”, del 27/05 una nota a Vanina Kosteki y Noelia Santillán, las hermanas de los jóvenes asesinados, permitió descubrir otros aspectos de lo que implicaron los asesinatos y conocer, desde su punto de vista, la imagen del juicio. Es notorio que la cobertura que hizo el diario no se haya escabullido por otros rincones en donde no había testigos, ni declaraciones, ni imputados. Y dónde hubiera otras historias, otras realidades que también son la masacre de Avellaneda. Ni siquiera encontré recuadros de “color”, donde al menos se contara alguna anécdota del acampe.

Stella Martini (2002) escribió un artículo en el que argumenta que los medios también construyen narrativas que están orientadas al control social, como una manera de cerrar los sentidos del significado. En el caso que nos ocupa la narrativa socialmente aceptada es que en los Tribunales de Avellaneda se está juzgando una jornada de represión cuya consecuencia política fue el adelantamiento de las elecciones presidenciales del país, y la confirmación de que la crisis social no había sido solucionada por el Gobierno de Eduardo Duhalde. Inclusive en esa narrativa está incluida la idea de que en el país se hace justicia, porque se condenará a los culpables (aunque también ya esté instalada la narrativa de que la represión no fue decidida por las fuerzas policiales).

Pero además, por fuera de esas narrativas es un juicio por los asesinatos de dos piqueteros que formaban parte de un movimiento de trabajadores desocupados que, además de cortar rutas y puentes, quemar gomas, y tener las caras tapadas y portar palos y gomeras, hacían trabajos barriales cubriendo responsabilidades que el Estado no asume. El acampe fue una de las instancias que sirvió para ver que la identidad de los piqueteros es más amplia de lo que muestran los medios. Y que la representación en los

medios de esa identidad podríamos resumirla en una sóla: cortes de ruta (o impedimento a la libre circulación).

Una simple visita al acampe mostraba realidades que no fueron transmitidas por los medios.

Cuando visité los Tribunales y sus adyacencias el paisaje era hostil. Los Tribunales de Lomas de Zamora no son tan arquitectónicamente bellos como los de la calle Talcahuano en la Ciudad de Buenos Aires. Afuera, el tránsito habla de otra ciudad, en lugar de taxis muchos camiones grandes, llevando y trayendo carga. Y para entrar a los edificios modernos, cuadrados, un largo pasillo, un descampado, un estacionamiento, un alambrado. Los diarios sí contaron que a esos Tribunales entrarían 500 testigos hasta que en diciembre o el verano, se lea el fallo de la condena al Comisario Fanchiotti y al cabo Acosta por asesinar a los dos piqueteros ese miércoles 26 de junio de 2002.

El acampe se veía desprolijo a lo lejos. Estuvo instalado en un espacio que parece un potrero, no llega a ser ni a plaza. En medio de avenidas de provincia. Todos los paredones del predio de los Tribunales están embanderados. En todos están Darío y Maximiliano, con la técnica propia de las pintadas hechas rápido, en la oscuridad, sin que te vean: el sténcil. Carpas canadienses, iglúes, descoloridas, húmedas, flojas; banderas rojas, negras, verdes, azules, hasta una violeta que representa a las mujeres del acampe. La verdad, lo que se olía en ese lugar era frío. Habían pasado muchos días de lluvia y llovizna y por fin parecía que empezaba a secarse el ambiente. Era raro, no se escuchaban bocinas en medio de tanto tránsito. Todo parecía fluir y el acampe era un isla, como si no allí no pasara nada. Quizás también estaba naturalizado ese paisaje, como la Carpa Blanca en el Congreso, allá por 1998.

Llegué a media mañana del 21 de junio, y me encontré con una treintena de personas, casi todos hombres, que escuchaban a un tal Andesmar en una ronda. Circulaba el mate cuando este hombre del Movimiento Sin Tierra de Brasil les contaba la experiencia de organización de allí, las fracturas internas, la relación con el gobierno de Lula. Andesmar vino a una charla en Capital y a un encuentro que se hizo en Gral. Mosconi, y antes de irse para Brasil pasó por el acampe. Contó su experiencia y recibió algunas preguntas de los compañeros. Un hombre de unos 50 años, o quizás menos (pero las condiciones de vida pueden hacer estragos) tomaba apuntes en un cuaderno.

Cuando Andesmar terminó, Nahuel, del Frente Popular Darío Santillán le contó porqué estaban acampando. Que estaban desde el 16 de mayo a la noche, la víspera del comienzo del juicio. “Para que sepan que los estamos mirando de cerca”, explicó.

Nahuel no sólo lo relató al compañero brasileño sino también a los presentes, porque algunos sabrían más, otros menos, el porqué de estar allí.

Evidentemente, los medios no muestran todo lo que los movimientos de trabajadores desocupados son y hacen.

Como explica Víctor Vich en “Desobediencia simbólica”: “sabemos que el surgimiento de los movimientos sociales implica una insuficiencia de las identidades existentes y de los marcos institucionales encargados de nombrarlas” (2004:66). Y Vich también agrega que son fruto de la desproletarización, de la retirada del Estado en su función de bienestar, y de la descentralización de los servicios educativos y de salud.

Y entonces los movimientos tratarán de llenar algunas de esas carencias. En los barrios harán proyectos productivos –como la fábrica de ladrillos en la que trabajaba Darío Santillán- o salitas asistenciales de salud, o grupos que dan apoyo escolar para los más pequeños y no tanto, espacios donde las mujeres puedan discutir sobre sus intereses y necesidades, comedores comunitarios y también formación política. Leen, discuten, comparten experiencias.

Durante los 40 días que duró el acampe, hubo charlas sobre derechos humanos en las cuales participó la agrupación HIJOS, de economía, de luchas de trabajadores ocupados con representantes de ATE, el movimiento campesino de Santiago del Estero, organizaciones estudiantiles de la UBA y de la UNLZ, sobre el aborto y la criminalización de la protesta. También se hicieron talleres culturales de confección de afiches callejeros, de teatro y de expresión corporal. Y hubo espacio para el entretenimiento con espectáculos teatrales y recitales de rock, reggae, blues y punk. Todo esto fue el acampe de organizaciones de piqueteros. Y nada de esto salió en los diarios. Ni siquiera en *Página/12*, quizás el medio masivo más “cercano” a la causa. De estas actividades uno podía enterarse hablando con los compañeros o visitando la página web que armaron este año www.masacredeavellaneda.org

En el acampe contaban que además de mostrarle a los jueces que los están observando desde cerca, están ahí haciendo actividades y formación para recordar y

dejar bien claro que el juicio es parcial, porque no se está juzgando a los responsables intelectuales de la Masacre. Para ellos los acusados son tan culpables como los funcionarios a cargo del ejecutivo de ese momento: el ex presidente Eduardo Duhalde, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, el ministro de seguridad de la Provincia, Juan José Álvarez, el ministro del interior, Jorge Matzkin, el secretario de seguridad bonaerense, Luis Genoud, el jefe de Gabinete, Alfredo Atanasof y el jefe de la SIDE, Carlos Soria.

Nahuel decía: “Estamos acá para llenar las audiencias de gente, para hacer actividades, que la gente se entere de lo que pasa, para que vean que los piqueteros no somos malos, violentos y vagos. Y tampoco unos pocos negros”.

Mientras avanzaba la charla algunos iban apareciendo desde adentro de las carpas.

Nahuel estaba en el acampe desde el comienzo y se quedaría hasta el jueves 23 a la tarde cuando levantarían todo para descansar un día, y el 25 a la noche comenzar la vigilia bajo el puente Pueyrredón, en la bajada de Avellaneda. Todos los días hubo entre 50 y 100 compañeros que se fueron turnando. Ese martes dejaba el acampe la regional La Plata y llegaban los compañeros de capital, de los locales de Constitución, Barracas y estudiantes de agronomía de la UBA.

“Esta plaza parece hecha para que nosotros acampemos, quizás cuando nos vayamos la saquen para que no podamos volver”, bromea. Era mediodía y seis señoras comenzaron a picar vegetales. También en el acampe se desplegaba el comedor comunitario.

Los medios no se internan en un barrio para ver qué es lo que pasa todos los días, cuando no están sobre el puente, o en el medio de la ruta. Antes de la represión los archivos de la SIDE informaban que se estaba gestando una nueva guerrilla urbana. Y como detalla Auyero en su trabajo “Fuego y barricadas” (2002:149), también fueron “subversivos de procedencia disímil, comparados con traficantes de drogas, y la protesta un producto de activistas perfectamente entrenados, enemigos de la república”. Parecería que siempre su identidad está asociada a lo ilegal, al delito.

La otra posibilidad en los medios, es que los piqueteros sean, además de los que cortan el tránsito, los dudosos beneficiarios de los Planes Jefas y Jefes de hogar. Y claro, con los planes, prefieren no trabajar.

Pero además de para sostener las redes clientelares, los planes sirven para “financiar” algunas de las actividades de las organizaciones, como los comedores o proyectos productivos. Y sí, al corte se va a pedir más planes, para estas causas, a veces, y el que no va no puede participar de los “beneficios”. Ir al puente a reclamar es una nueva forma de trabajo. Podemos pensar que este sistema es objetable, e incluso antirrevolucionario, pero es un sistema laboral.

La pregunta es acerca de la identidad de los grupos y lo que es noticiable.

Los medios, que son el canal por los cuales mucha gente se entera de “lo que pasa”, no están contando lo que implican realmente los movimientos de desocupados y sus organizaciones. Y esa perspectiva para entender la representación es una decisión política. ¿Por qué los cortes de rutas o calles son noticiables y no los trabajos territoriales de los movimientos? ¿Acaso ambas cosas no están naturalizadas? Sí, es verdad que los cortes de calles influyen directamente sobre la sociedad ¿pero los comedores comunitarios, no?

Rossana Reguillo escribió un artículo llamado “Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura” donde explica que “la rutina de los medios, en su inclemente y estratégica búsqueda de la ‘nota caliente’, tienden a abandonar aquellos acontecimientos que se hacen ‘viejos’” (2004:261). Es verdad, pero los cortes, que son viejos, siguen siendo noticiables. Aunque en realidad sea como el pronóstico, que se da para que uno sepa qué ponerse o por dónde no circular. Los piquetes se han convertido, en general, en una noticia del orden del servicio.

Los cortes ponen a los piqueteros en situación de enfrentamiento con las autoridades, y los medios los muestran con los pasamontañas y los palos. Y todo el resto de sus prácticas, que generan su identidad no se muestra, no se ve. Y así se convierten en figuras violentas, en quienes no entienden la vida democrática ni respetan los derechos de los demás. Entiendo que es más útil políticamente mostrar siempre la explosión del caos. Recuperando el análisis que hace Auyero (2002: 146), pareciera que los medios nunca evidencian que las acciones de los piqueteros son fruto de una acabada organización política. “El desempleo, el hambre o la necesidad económica constituyen, sí, las bases sobre las cuales se erige la beligerancia popular, pero la forma de protesta tiene que ver con procesos políticos y con formas de reclamo aprendidas en repetidos enfrentamientos con el Estado y con su relativo éxito y/o fracaso”. Se representa que el acto en conmemoración de las muertes y el acampe son sólo una respuesta directa a los asesinatos. Y es verdad que fueron generados por eso, pero detrás

de ese hecho desencadenante hay una cantidad de demandas y de formas de lucha, que existirían aún si no se hubiera producido la masacre. Es decir, no es sólo la respuesta a la falta de un estímulo económico, o social. Si fuera directa la relación entre pobreza y movilización, al menos, estaríamos en guerra civil. Como diría Charles Tilly (2000:14), el acampe, la formación que se impartió allí, el comedor comunitario improvisado para los acampantes, las banderas anunciando las razones de la instalación, forman parte del repertorio bien definido y limitado que es particular a estos actores, objetos de acción, tiempos, lugares y circunstancias estratégicas, esto es, la conformación de un repertorio de acción colectiva. Que no es improvisado ni fruto del caos. Es aprendido.

II) La memoria: varios significados para el 26 de junio de 2002

Por fin un uso de la memoria que implique principalmente al presente y por qué no, al futuro. La primera impresión que dio el discurso central del acto del 26 de junio pasado, fue una consideración de la masacre de Avellaneda como un caso de memoria ejemplar. Esta categoría de Todorov, que Elizabeth Jelin (2002:50) recupera en su libro “Los trabajos de la memoria”, encajó perfectamente en lo que se escuchó aquel domingo soleado sobre el Puente Pueyrredón cuando se cumplían tres años de los asesinatos de Maxi y Darío. Un grupo puede recordar un acontecimiento de manera literal o de manera ejemplar. A través de la analogía y la generalización el recuerdo se convierte en un ejemplo que permite aprendizajes y el pasado se convierte en un principio de acción para el presente.

Y nuevamente, como intenté demostrar en el apartado anterior, los piqueteros muestran con sus prácticas, que no son actos espasmódicos, lo que encaran sus organizaciones. Como ya señalé, la excusa del acto, es el recuerdo de las muertes, “las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria”, explica Jelin (2002:52). Activación de una memoria que sirve para traer otros recuerdos y resignificar los acontecimientos. Y en la denuncia, los piqueteros y demás manifestantes acordaron: “Este es el puente de Darío y Maxi, este es el puente de todos los luchadores populares, de los 50.000 que están en el puente, de los presos de la legislatura, de los 30.000 desaparecidos, de los 50 muertos de la democracia y los 193 de Cromagnón”.

Jelin (2002:11) explica que en un sentido político, las “cuentas con el pasado” en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional se combinan con urgencias éticas y demandas morales. Allí es cuando los manifestantes van a unir todas

esas cuestiones que desde los medios se van a tratar de desarticular o descontextualizar, ya sea por conveniencias políticas, o meras necesidades periodísticas.

Para los medios, sobre todo cuando ocurrió la masacre -ahora inclusive esto parece haberse olvidado, y el juicio parece simplemente un caso de gatillo fácil-, los asesinatos evidenciaron por un lado, la crisis en el Gobierno de Duhalde, que habiendo pautado las elecciones para septiembre de 2003, tuvo que adelantarlas para marzo de ese año.

Pero además, significó la represión por parte del Estado y el fin de la ficción de “piquete y cacerola la lucha es una sola” (aunque la “clase media” se haya manifestado en la Plaza de Mayo esa misma noche). Por otro lado también significó lo que no se pudo evitar del duhaldismo (y todas las asociaciones posibles con la mafia de la policía bonaerense y sus implicancias en distintos hechos delictivos), más allá del “lavado de cara” que pareció tener al asumir la presidencia del país en las condiciones en que estaba. Y el 26 de junio verifica actualmente las limitaciones del gobierno encabezado por Kirchner que, aunque implementa una política de derechos humanos progresista, por un lado sostiene una justicia muy cuestionable que criminaliza la protesta y beneficia a los poderosos (liberación de Menem, María Julia, y Chabán²), y además desarrolla la misma política económica neoliberal de antaño que no redistribuye la riqueza y que sigue produciendo que la mayoría de la población sea pobre y/o indigente.

Todos estos significados estuvieron en un discurso que, a diferencia de otros años, fue compartido por todos los partidos políticos, movimientos de trabajadores desocupados y organizaciones de derechos humanos que asistieron al acto. También estaban representantes de asambleas barriales y de agrupaciones estudiantiles. Si este año se notó la ausencia del multitudinario Barrios de Pie (por su cercanía al oficialismo), se contó con los familiares, amigos y víctimas de Cromagnón. Solamente la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (Quebracho) hizo su propio acto separada, en la estación de Avellaneda, luego de concluido el acto central sobre el puente.

La cuestión al hablar de memoria es dar cuenta de quiénes recuerdan qué cosa. Jelin (2002:17) habla de las disputas sociales acerca de las memorias, de su legitimidad social y su pretensión de “verdad”. “Esta perspectiva permite tomar las memorias colectivas no sólo como datos “dados”, sino también centrar la atención sobre los

² Esta denuncia sobre una justicia que legisla para los poderosos también fue enunciada en el discurso.

procesos de su construcción. Esto implica dar lugar a distintos actores sociales (inclusive a los marginados y excluidos) y a las disputas y negociaciones de sentidos del pasado en escenarios diversos”(Jelin, 2002:22). A los piqueteros les sirve traer el recuerdo de la masacre para denunciar que aquello por lo cual cayeron los compañeros sigue siendo el objeto de su lucha, y no sólo eso. Denuncian también que las condiciones no cambiaron después de ese punto de inflexión político que fue la masacre. Están apropiándose del pasado para justificar sus acciones en el presente con las que intentan transformar el futuro.

La cobertura que hizo el diario *Página/12* del acto en el puente fue claramente más completa y contextualizada que la que hizo del juicio y sus alrededores. Desde el 24/06/05 el diario informó acerca de las actividades previstas para el aniversario y narró además el levantamiento del acampe frente a los Tribunales. El mismo 26/06/05 publicó dos notas: “Las reconstrucciones digitales de las muertes, imágenes que prueban quien disparó” fue el título de una de ellas donde una columna de Mario Wainfeld versó sobre la verdad, y su imposibilidad de ser unitaria. La segunda nota fue directamente sobre el corte en el Puente: “Primer acto para recordar a Darío y Maxi”, estuvo la descripción de las actividades realizadas en la víspera al aniversario y sobre las previstas para el 26. En este caso las columnas de opinión estuvieron a cargo de intelectuales y trataron sobre la memoria y la visibilidad mediática. Lo interesante de esta cobertura fue que en la nota del 27/06/05 se recuperó el espíritu del discurso que claramente excedía la denuncia por los culpables materiales de la masacre, y aún de los culpables intelectuales. Y acá, podría encontrarse lo que Jelin (2002:27) llamó las memorias narrativas, y como señalé antes, Martini califica a estas narraciones como “de control social”. Aunque parece que forma parte de las narrativas socialmente aceptadas el hecho de que hubo responsables intelectuales de la represión y que no fue un desborde de un comisario loco, el eje del conflicto no está puesto en que los movimientos de piqueteros son hijos de una injusta distribución de la riqueza y que desde esa situación se genera violencia. La dinámica impuesta por los medios explica que el ser piquetero tiene, como riesgos, la muerte, reclamar es peligroso (2002:57). La lógica es poner los efectos de las situaciones, como causas. Dice Martini: (2002:55): “Las noticias periodísticas y los discursos oficiales ponen los efectos como causas, la protesta con violencia es responsable del desorden y las muertes”. Pero sabemos que la “violencia” no es la causa de las muertes, sino el efecto de un sistema de distribución injusto..

Al considerar a *Página/12* se evidencia que, aún en su actual posición oficialista, negocia entre condenar al gobierno de turno –por no presionar para que la investigación suba en la cadena de responsabilidades³- y responder a una causa por la que levantó las banderas como ningún otro medio masivo. Sin embargo, desde ese lugar a contar el día a día de los movimientos de desocupados, hay mucho trecho. La novedad de la organización popular parece que ya pasó, o al menos en el ámbito de la desocupación.

Ahora, en todo caso, son los conflictos gremiales los que tomaron el lugar mediático.

III) Otras representaciones que hacen prácticas

“La narrativización de las prácticas sería entonces una ‘manera de hacer’ textual”, sostiene de Certeau (1996:88) y este pasaje entre estas instancias nos permite pensar en una relación circular en vez de una relación dicotómica. Sólo para dar cuenta de que la línea divisoria entre prácticas y representaciones (como si fuera la verdad y sus múltiples interpretaciones) es débil, se pueden mencionar dos casos ilustrativos.

Normalmente los juicios se basan en testimonios, pericias y en otro tipo de pruebas que se consideran verdaderas (aunque sólo sean verosímiles y plausibles: los testigos “juran” decir la verdad, las pericias son realizadas por profesionales idóneos y neutrales en la contienda). Pero en el caso de la Masacre de Avellaneda, lo determinante, tanto para la realización del juicio como para la viabilidad de las interpretaciones instaladas sobre lo sucedido después de la masacre, fueron las grabaciones en cinta de video y registros fotográficos. Allí cualquiera podía observar, con sus propios ojos, cómo habían sido las circunstancias del crimen de Darío. Si bien no se registró el momento del disparo de Acosta a Santillán, al cruzar las imágenes con las pericias de la investigación era indudable la procedencia del proyectil. Claramente, estas representaciones construyeron una realidad que al principio distintos discursos quisieron configurar de otra manera.

El segundo caso para mencionar es el libro que al cumplirse un año de la masacre, el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (MTD AV)

³ Y también podríamos agregar, por la lentitud con que el presidente Kirchner decretó la apertura de los archivos secretos de la SIDE, apertura que finalmente hizo pero cuya observación es permitida sólo para un grupo reducido de miembros de la justicia.

escribió para contar el antes, durante y después de la represión del 26 en Avellaneda. “Si toda experiencia está mediada y no es “pura” o directa, se hace necesario repensar la supuesta distancia y diferencia entre los procesos de recuerdo y olvido autobiográfico y los procesos socioculturales compartidos por la mediación de mecanismos de transmisión y apropiación simbólica” (Jelin, 2002:36). Como todo estaba tan mediatizado, mediado y confuso por la diversidad de narrativas circulantes, Pablo Solanas, vocero del MTD Aníbal Verón, se ocupó de escribir la historia de sus compañeros.

“Entonces nos propusimos contar esta partecita de la historia de lucha de nuestro pueblo. Contarla desde nosotros y por boca nuestra: los piqueteros” (MTD AV, 2003: 15). “Nos queda como deuda explicar y contar mejor qué somos los piqueteros más allá del piquete: los emprendimientos de trabajo productivo y comunitario, los talleres de formación, la educación popular. Si estas actividades que fortalecen nuestra construcción cotidiana de base no ocupan más espacio en estas páginas es porque buscamos fijar la atención en el objetivo central del relato” (MTD AV, 2003:16).

“Concebimos este libro como una herramienta más de lucha. Por eso buscamos darle la mayor difusión (...) ayudando así a que se conozca, también, lo que hacían Darío y Maxi en nuestros Movimientos, que es el verdadero motivo por el cual fueron asesinados: porque con su dedicación y su militancia cotidiana trabajaban para cambiar la sociedad” (MTD AV 2003:17).

Y así, el libro cumplió al menos tres objetivos.

Por un lado, construyó un documento propio con fuentes, periodísticas, judiciales y propias todo el proceso que llevó a la represión planificada. También incluyó en esta narración, la historia del Movimiento, los trabajos sociales en los barrios y la militancia de los dos piqueteros asesinados. Aprovechó y contó todo eso que en los diarios se convirtió rápidamente en algo olvidable.

En segundo lugar, generó un documento para la formación de los miembros de los movimientos sociales, porque el libro se escribió con la convicción de que “debía ser comprendido” por los militantes de base. Y además permitió plasmar todas las autocríticas que se hicieron después del 26, sobre las políticas de seguridad del

Movimiento y ofició como una reflexión sobre el pasado que les permitiera encarar el presente y el futuro con otras consideraciones⁴.

Y en tercer instancia, hizo una apropiación del libro como institución. Si los piqueteros sólo podían, en el imaginario del sentido común, escribir volantes y diseñar panfletos bregando siempre por las mismas consignas, “Darío y Maxi. Dignidad piquetera” es un libro que está muy bien escrito, documentado, organizado e ilustrado.

Como narra Vich (2004:72), sobre el uso de la escritura (práctica letrada por excelencia, fruto de la conquista española) en las protestas realizadas en Perú, el uso del libro sería una operación semejante. “Desde la conquista española, la escritura ha sido mucho más el signo de dominación social que de comunicación, y no es difícil constatar que su funcionamiento siempre ha sido interferido por violentas relaciones de poder. Si históricamente la escritura ha estado asociada al poder, a la exclusión política y al control social, esta performance neutralizó tal tradición cultural y comenzó a atribuirle un nuevo valor”. El MTD Aníbal Verón, se apropió de la institución libro, e instaló su historia en ese documento perdurable.

Probablemente el libro no sea un best seller en las librerías, pero sí quedará en las bibliotecas, sí será parte del acervo histórico de la sociedad, así al menos estará la versión propia de quienes soportaron la experiencia de Avellaneda.

IV) La temporalidad de los medios, ¿debe ser la de los movimientos?

“El balance del acampe es totalmente positivo. Lástima que el 26 cae domingo porque el impacto de cortar el puente va a ser mucho menor que si fuera un día de semana”.

Esto me dijo Nahuel, del Frente popular Darío Santillán, en el acampe. Y me hizo acordar a que parte del análisis del libro, daba cuenta de todo lo que habían tenido que revisar después de la masacre y cómo habían cambiado sus focos de atención. Comprendieron que debían, no sólo manejar mucho mejor la seguridad sino atender a la coyuntura política de los medios, a lo noticiable, a lo que podía tener impacto.

En el Frente Popular Darío Santillán se considera el impacto del acto por el aniversario de las muertes. Porque saben que lo noticiable para los medios pasa por el

⁴ Entre ellas es interesante que, según el libro, la experiencia de la Masacre lo obligó a conformar grupos que siguieran permanentemente las informaciones políticas en los diarios, a tratar de comprender las

corte del tránsito y no porque hayan pasado tres años de los asesinatos. Porque saben que un domingo serán menos los problemas que causarán a la circulación que un día de semana. Porque saben que al periodismo le interesan los conflictos. Sin embargo, nada se cambió en el cronograma de los movimientos. El domingo, se cortó el puente.

Rossana Reguillo (2004:257) plantea que aunque los movimientos sociales deben pensar en tiempos largos, deben considerar que el problema de la temporalidad política se agudiza en el contexto de la aceleración tecnológica y sobresaturación de mensajes en un espacio público controlado y dominado por grandes consorcios comunicativos. Y que entonces su temporalidad no puede ser ajena a los medios, porque: “Nos guste o no, hoy la sobrevivencia de cualquier movimiento social pasa por su capacidad de mantenerse en el debate”. El equilibrio debería lograrse entre las tres temporalidades: “la externa, que es la que da la cara a la sociedad; la interna, que exige un caminar pausado respetuoso de la diferencia al interior del movimiento; y la tercera temporalidad que exige, para bien y para mal, el manejo de las lógicas, códigos y procesos de unos medios que, a la manera de los emperadores romanos, tienen el poder de decir quién vive y quién muere a través de sus dispositivos de visibilidad”. Yo creo que el problema es que para algunos movimientos y analistas, la tercera temporalidad (la de los medios) parece ser la única importante. Y entonces se llega al problema de “el día después” y de la fugaz visibilidad que dan los medios.

Rodríguez, en su trabajo “La beligerancia cultural, los medios de comunicación y el ‘día después’”(2005:1) plantea la situación de esta manera: “Los grupos que protestan convocan intencionalmente a los medios a través de una acción de ruptura en la superficie de lo público; esta acción es capturada por la mayoría de los medios por su sensibilidad a la representación de lo disruptivo; y, en esta captura, la representación privilegia la performance socioestética sobre el discurso político, el cual es sancionado, negado o edulcorado según la fuente informativa de que se trate”. Así podemos observar que los piqueteros y demás organizaciones cortan el puente, y convocan a los medios siempre ávidos de enfrentamientos entre manifestantes y personal de seguridad. Los medios dirán (salvo *Página 12*, que por su contrato de lectura no puede evadir la responsabilidad de hacer una cobertura más fina) que no hubo disturbios.

Los organizadores logran convocar a los medios, e inclusive emiten un discurso muy disruptivo, que excede la denuncia sobre las muertes, como ya lo desarrollé

lógicas periodísticas y políticas de los grandes medios de comunicación, a tomar en cuenta seriamente muchos aspectos legales de sus prácticas, a contactarse con abogados, etc.

anteriormente. Pareciera que pueden aprovechar la presencia de los medios, y hablan. Pero, ¿toman la palabra? No podríamos decir que no, pero lo cierto es que los efectos son muy limitados. Los medios no van a decir mucho de un acontecimiento que apenas alteró la rutina de la sociedad. Logran un minuto de visibilidad pero no poder.

A modo de conclusión

Entonces la pregunta que surge es ¿qué hay que hacer? ¿tener visibilidad hasta que se transforme en poder, o porque eso nunca va a pasar olvidarse de las ventajas estratégicas de ser visibles en los medios aunque sólo sean minutos?

También esta pregunta se la formula Reguillo (258) “¿cómo sostener la tensión entre el impulso (la visibilidad) y el silencio (la latencia) sin renunciar a la aspiración de influir en el proceso de expansión y despliegue del movimiento?”

Creo que una respuesta es la propuesta de Rodríguez (2005:6), “buscar el equilibrio entre acciones de ruptura, obtención de visibilidad y modificación del campo de lo decible”.

Así, constantemente circulamos entre la búsqueda de visibilidad y la preocupación de que esa visibilidad no nos tape el bosque, y finalmente nos demos cuenta que sólo hay una puesta en escena para los medios, pero que poco se ha cambiado en términos de “producir cambios en las subjetividades políticas de los participantes y también, de modificar de algún modo el campo de interlocución” (Rodríguez, 2005:2).

Intuyo que la preocupación por el “día después” de la manifestación mediatizada existe en los movimientos. Como traté de argumentarlo a través de este corto trabajo, las prácticas muestran que hay una estructura que sostiene estos actos rupturistas, los únicos interesantes para los medios. Y esas prácticas fomentan cambios en las subjetividades de los participantes, aunque probablemente no muy hondos en la del campo de interlocución ¿por qué?, porque esas prácticas no son visibles, ya lo dijimos, se ven los cortes, los palos, las caras encapuchadas.

¿Y qué habría que hacer?

- ¿Hacer noticiables las prácticas, el día a día de los barrios?,
- ¿Pensar estrategias de comunicación para que esas prácticas cuadren con las necesidades de los medios?
- ¿Pero hasta qué punto habría que adecuarse a lo noticiable (porque es difícil cambiar los criterios de noticiabilidad) y perder tiempo y recursos

en esas operaciones en desmedro de las energías puestas en la organización social y política de los barrios, por ejemplo?

A ver. Acuerdo con Reguillo (2004:269) en que “en la acción colectiva, no es sólo decisión y estética, pero es evidente que sin estos dos componentes el movimiento social tiene pocas posibilidades de interpelar a las subjetividades sacudidas por múltiples y sucesivos estados de emergencia”. Es decir, es cierto que en muchos casos la presencia en los medios legitiman a diversos grupos como actores sociales válidos.

Sin embargo, me atrevo a advertir que sería una mala elección darle a los medios el papel protagónico, porque eso implica necesariamente, aún con toda la conciencia sobre sus efectos, aceptar sus lógicas (porque no creo que sea tan fácil cambiarlas). Porque además esos medios no están construyendo una verdadera identidad de los piqueteros ni reflejando los significados que estos actores les dan a sus prácticas y acciones.

Entonces, sí buscar la visibilidad generando acciones rupturistas, pero también pensando las estrategias necesarias para que entre en “agenda”, el otro conjunto de acciones que hacen a la identidad de, por ejemplo, las organizaciones piqueteras.

Tampoco habría que olvidar que la responsabilidad de hacer visibles los “días después”, no es sólo de quienes son protagonistas de las experiencias, sino de todos aquellos que se arrojan el deber de contar “la verdad”.

Y para abrir, más que para cerrar este ensayo, la conclusión de Auyero (2002:162) nos da una misión: “Siempre navegamos entre dos posiciones extremas igualmente perniciosas: interpretaciones miserabilistas e interpretaciones populistas. La tarea, si uno quiere comprender la dinámica beligerante, es evitar caer en esta nociva antinomia, y observar con más detenimiento no sólo a la protesta sino a las continuidades que esta tiene con la vida cotidiana de quienes por días, semanas o meses, expresan su frustración, su necesidad, su desesperación y/o sus demandas en las rutas, calles y plazas del país. Allí, en ese ir y venir, del barrio a la barricada, al corte o a la plaza, se encuentran muchas de las respuestas a los interrogantes que aún tenemos sobre la beligerancia popular”.

Bibliografía utilizada y consultada

- Alabarces, P.: “Cultura(s) [de las clases] popular (es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular”, ponencia ante las *VI Jornadas Nacionales de Investigadores en comunicación*, 2002.
- Auyero, J.: “Fuego y barricadas. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática”, en *Nueva Sociedad*, Nro. 179, Caracas, 2002.
- de Certeau, M.: “El tiempo de las historias”, en de Certeau, M., *La invención de lo cotidiano I. Artes del hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.
- Jelin, E.: “La memoria en el mundo contemporáneo” (10-16), “¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?” (17-37), “Las luchas políticas por la memoria” (39-61) en *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Martini, S., “Sobre crónicas periodísticas: una agenda de modelos para controlar” (52-62) en *Revista Ziguat*, N° 3, Buenos Aires, octubre 2002.
- Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón: *Darío y Maxi. Dignidad piquetera*, Ediciones 26 de junio, Buenos Aires, 2003.
- Reguillo, R.: “Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura” (249-270), en Grimson, A. (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.
- Rodríguez, M. G.: “La beligerancia cultura, los medios de comunicación y el ‘día después’”, en Luchesi y Rodríguez (comp.): *Medios, política y cultura*, en prensa, 2005.
- Thompson, E.: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979.
- Tilly, Ch.: “Acción colectiva”, en *Apuntes de Investigación del CeCyP*, Buenos Aires, 2000.
- Vich, V., “Desobediencia simbólica. Performance, participación y política al final de la dictadura fujimorista” en Grimson, A. (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.